

La Unión Europea desde Estados Unidos: percepción, investigación, acción

The European Union from the United States: Perception, Research, Action

Joaquín Roy*

Resumen

La compleja relación entre la Unión Europea y Estados Unidos es tratada en este ensayo mediante un somero análisis de la personalidad de estos dos entes asimétricos, un repaso de la historia y algunos temas de desacuerdo o conflicto. Luego se ofrecen datos y aspectos especiales de la dimensión económica y la labor universitaria en Estados Unidos sobre la relación Estados Unidos-Unión Europea. El trabajo se cierra con la consideración de algunas recomendaciones y deseos expresados por equipos multidisciplinarios y especulaciones a futuro.

Palabras clave: Estados Unidos, Unión Europea, economía internacional, política internacional, investigación académica, relaciones internacionales.

Abstract

The complex relationship between the European Union and the United States is treated in this essay through a succinct analysis of the nature of these two asymmetric entities, a review of history and a consideration of points of disagreement and conflict. A section on basic data follows. Then the study offers a glimpse on the university and think tank activity in the United States. The paper ends with a review of recommendations, conclusions and future speculation offered by multidisciplinary teams.

Key words: United States, European Union, international economics, international politics, academic research, international relations.

Suena como una perogrullada: la entidad compuesta por Estados Unidos y Europa es de tal importancia que resulta imposible efectuar una labor seria de investigación y acción práctica y política de las relaciones internacionales sin tenerla en cuenta. Sin embargo, un tema que parece simple y fácil de entender revela dimensiones confusas, preñadas de estereotipos y lagunas notables en conocimientos. La relación entre Estados Unidos y Europa adolece, en primer

* Doctor en Lingüística y Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Georgetown. Catedrático Jean Monnet *ad personam* y director del Centro de la Unión Europea de la Universidad de Miami. Correo electrónico: jroy@miami.edu

lugar, de que ambas partes dan por descontada la existencia plena de la otra. La mutua relación se considera como un hecho normal forjado por el innegable evidente vínculo histórico, constatable por doquier. De ahí que con frecuencia surjan conductas y malentendidos bajo la protección del reclamo de que los daños son corregibles por un vínculo inamovible. Si se detectan conflictos, se aduce que ambos socios están condenados a entenderse. Si se comprueban áreas de falta de conocimiento, se juzga que son subsanables con medios asequibles. En el fondo, es de común asentimiento que los medios para el entendimiento y la colaboración mutuos están al alcance y, por lo tanto, la relación efectiva no es utópica.

La metodología para analizar las principales avenidas de esa relación es varia y dispone de diversos ángulos. Cuando no se considera como factible el repaso objetivo y neutral de esa realidad, más allá de los datos económicos fríos y constatables, el método de la percepción mutua es tan recomendable como la autoevaluación ofrecida por los estamentos oficiales a ambas orillas del Atlántico. Pero esa herramienta es, al mismo tiempo, diferente si se trata de percepciones e imágenes populares, de una élite político-económica, o de un riguroso análisis académico. En este somero ensayo se combinan, por lo tanto, varios prismas de observación para llegar a un retrato aproximado o, al menos, para ser simplemente posibles sendas a seguir, ya que el producto de estudios exhaustivos rebasa los límites de este sintético análisis.

En primer lugar, por lo tanto, se requiere un repaso de la historia, mediante el aporte de datos precisos e incuestionables, con una revisión de los aspectos de la personalidad de la Unión Europea (UE) tal como las propias instituciones comunitarias eligen presentarse a los observadores estadounidenses. En segundo término, se recomienda considerar el producto de estudio académico en instituciones universitarias y centros de reflexión de la Unión Americana y contrastarlo con la percepción y estereotipo de origen popular y mediático. Este ejercicio resulta recomendable desde la otra vertiente, o sea, la percepción y el análisis europeo de Estados Unidos. En tercer lugar conviene sopesar cómo la propia UE retrata la relación con la potencia norteamericana, cómo quisiera verse, como contribuye al mejor conocimiento y al mismo tiempo refuerza la autocomplacencia. En forma réplica, la producción estadounidense en ese terreno, reflejada en las declaraciones oficiales, en los medios de comunicación y en la opinión popular, es digna de atención. En último lugar, también conviene prestar atención a unas muestras de recomendaciones de expertos con el fin de consolidar esa relación y mejorarla si cabe.¹

¹ Para una exploración preliminar de las principales fuentes de investigación, véanse las recomendadas por el Observatorio del Centro de la Unión Europea de la Universidad de Miami:

Las relaciones entre la UE y Estados Unidos

El siglo xx, marco nuclear de esta relación, estuvo dominado por una serie identificable de acontecimientos, ideologías e hitos de las relaciones interestatales. Destacan en ese sentido dos guerras de alcance mundial, el auge y la caída de dos ideologías que dejaron trágica huella y, por lo menos, una relación intercontinental que ha estado íntimamente relacionada con las contiendas bélicas y se ha mantenido firme a pesar del extremismo político. La relación entre Estados Unidos y Europa, de manera concreta en los últimos 60 años con la UE, puede considerarse como uno de los vínculos históricamente naturales. Pero lo que parece “normal” tiene perfiles y vertientes de dimensiones variadas y se presta a un ajuste de análisis, incluso todavía más en la actualidad cuando, según todas las apreciaciones, se ha pasado a otra época diferente del siglo llamado “americano”.

Conviene tener en cuenta que ambos contrayentes de ese maridaje son diferentes en su ADN esencial, contrastan en su estructura, y se han comportado de forma similar y no siempre como bloque sólido a prueba de todas las dificultades. A pesar de todo, la supuesta positiva relación Europa-Estados Unidos se da por descontada y exenta de serias discrepancias. En los momentos cruciales, ambos socios parecen responder a similares valores, intereses y objetivos.² Pero hay que reconocer que tienen una personalidad diferente.

Se aconseja distinguir entre dos expresiones que frecuentemente se consideran sinónimas: Europa y UE. Resulta obvio que una (Europa) responde a una identificación geográfica o cultural, mientras que la otra (UE) es, de momento, un ente jurídico que disfruta de plena personalidad como sujeto internacional desde el Tratado de Lisboa.³ Antes, según la ortodoxia del derecho internacional, la UE no existía. Sólo la Comunidad Europea, a través de la Comisión, ejercía la representatividad del largo proceso de integración europea.

<http://www.as.miami.edu/dev/eu/observatories/euatl>. Para una selección de fuentes sobre la política exterior europea, véase <http://www.as.miami.edu/dev/eu/observatories/euext>

² Entre las recientes muestras encomiásticas sobre Europa o sus similitudes con Estados Unidos son destacables: Jeremy Rifkin, *The European Dream: How Europe's Vision of the Future is Quietly Eclipsing the American Dream*, Tarcher, Nueva York, 2004; T. R. Reid, *The United States of Europe: The New Superpower and the End of American Supremacy*, Penguin, Nueva York, 2005; Peter Baldwin, *The Narcissism of Minor Differences: How America and Europe are Alike*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

³ Para una compilación de estudios sobre el desarrollo del tratado, véase Joaquín Roy y Roberto Domínguez (eds.), *Lisbon Fado: The European Union under Reform*, Miami-Florida European Union Center/Jean Monnet Chair, Estados Unidos, 2009, disponible en <http://www6.miami.edu/eucenter/books/Lisbon%20Fado-textfinal-all.pdf>

Pero la UE no podría ser una “nación” de corte cultural o étnico sin estar sujeta al requerimiento de la opción y la voluntad, según los perfiles del nacionalismo basado en el linaje y el vínculo sanguíneo de los individuos (“nacionales”). La UE (y sus predecesores) es un ente compuesto por Estados que se agrupan según voluntad y no están obligados por conquista, ocupación o presión política. En otras palabras, sería más semejante a la “nación liberal”.

En contraste, al otro lado del Atlántico, una entidad de nombre ambiguo (Estados Unidos de América) posee un perfil definido y una personalidad internacional precisa, como pleno sujeto de derecho internacional. Pero la ambigüedad de la etiqueta “Estados Unidos” revela ambivalencias y confusiones. Así, por ejemplo, en español se alude con frecuencia a “los Estados Unidos”, en plural. Pero, de manera reciente, según los manuales de estilo de la prensa de referencia, debiera ser siempre “Estados Unidos”, un sujeto gramatical plural en la superficie que se emplea con formas verbales en singular. La firme convicción de la solidez de ese ente se prueba por el hecho gramatical de que en inglés el nombre del país (gramaticalmente una combinación en plural, “*the United States*”) se acompaña de formas verbales en singular (“*the United States is a rich country*”). Esta curiosa peculiaridad, única en la lengua angloamericana, rastrea su origen a la Guerra Civil. Antes de la contienda de secesión, se decía, en plural, “*the United States are very powerful*”.

Pero con suma frecuencia se usan expresiones geográficamente equívocas, como “Norteamérica”, y a sus ciudadanos se les llama “norteamericanos”, con cierto desdén de exclusión para canadienses y mexicanos. Es más: no de forma rara, se menciona a “los americanos”. Si esa simplificación o ampliación puede ser considerada como defectuosa, se refuerza por las expresiones típicas en inglés por las que se refieren a sí mismos sin ambages como “*Americans*”, naturales y ciudadanos de un país que se etiqueta como “*America*”. Esta aparente arrogancia se siente, de manera paradójica, respaldada por ciudadanos de diversas regiones del planeta que, sin preocupación, llaman a los “estadounidenses” (una apelación que se emplea con poca frecuencia) como simplemente “americanos”.

Pero, en fin, cualquier autor de comentario veloz y estudio riguroso es consciente de la precisa identificación de “Estados Unidos”: un territorio definido, con estructura federal compuesta de Estados (herederos de las “colonias” británicas que se independizaron por decisión propia en 1776), un pueblo que adquiere ciudadanía de “Estados Unidos”, unas instituciones comunes elegidas por sufragio universal, y con reconocimiento internacional. En contraste, las dudas asaltan al estudioso sobre la personalidad de “Europa”. Se cuestiona su existencia, se medita sobre sus límites imprecisos y se indaga infatigablemente sobre sus valores e intereses compartidos.

Pero mientras parece que los “americanos” saben quiénes son, los europeos se deben contentar, con notable subconsciente convicción, con saber quiénes no son. Europa, por lo menos, no es África, no es Asia, y los europeos se distinguen de los habitantes del Oriente Medio, aunque en algunos países sus ciudadanos sientan afinidad por los valores europeos.

De lo anterior se deduce, corrigiendo la aseveración de que ambas entidades responden a diferente personalidad, que tienen en común el estar construidas por un procedimiento y fuerza similar: la voluntad. Se es estadounidense, jurídica y mentalmente, por decisión individual. Aunque en el interior un recién llegado no adopte todos y cada uno de los ingredientes del credo norteamericano, su derecho a serlo no le puede ser denegado y cada uno lo ejerce a su manera. La UE, constituida no por individuos, sino por Estados, tiene también similares cimientos nacidos en la voluntad de adherirse. Los ciudadanos de cada uno de ellos adquieren esa condición también de forma voluntaria, aunque de forma indirecta por decisión de los Estados de los que son ciudadanos. No pueden, en términos jurídicos, acceder a la ciudadanía europea igual que los estadounidenses adquieren la suya, sin necesidad de pasar por el tamiz de convertirse en ciudadanos previamente titulares de un Estado en que se reside. La “ciudadanía europea” es en realidad una condición híbrida, como se hace patente de manera gráfica por las cubiertas de los pasaportes.

Pero en ambos casos, el europeo y el estadounidense, la voluntad de adherirse hace posible el refuerzo de una nación en la que se cree pertenecer. En Europa esa cualidad se da por descontada por la fuerza irresistible de la historia. Se daría de esa manera el caso sumamente significativo de que si en Francia, a partir de la Revolución, fue el Estado el que construyó la nación, en el caso de la UE, sería ésta la que daría consistencia, sentido jurídico y personalidad propia, como una nación cultural, a “Europa”, cuyo destino y supervivencia se puso en duda con el casi suicidio de la Segunda Guerra Mundial.

En todo caso, hablar de relaciones entre Estados Unidos y la UE es meditar sobre un vínculo entre desiguales. La UE ni tiene la consistencia de Estado ni posee ambición de serlo. Ahora bien, como han sugerido ciertas teorías que se colocan en la dimensión híbrida entre el funcionalismo y el intergubernamentalismo, la UE ejerce papeles de Estado (a través de sus políticas comunes y su efectiva legislación comunitaria). Mientras “Europa” podría ser considerada como una “nación” cultural, que tendría una herencia común compartida en diversos grados, la UE sería el “Estado”, una estructura formada por instituciones y derecho que le daría consistencia económica y política a la “nación”. En el futuro, estas dos líneas (“Europa” y la “UE”) podrían confluir. En contraste, “Estados Unidos” disfrutaría de ambas dimensiones: nación y Estado, ejemplo

pleno de Estado-nación clásico. Este contexto preside las relaciones entre Estados Unidos y la UE, y es fuente de no pocos malentendidos y asunciones erróneas.⁴

Como consecuencia de lo anterior, la primera consideración al efecto de este vínculo es el contraste entre la percepción de cada una de las partes. Para Europa (o la UE, si se quiere), Estados Unidos es un actor unitario, con decisiones soberanas a nivel federal; para Estados Unidos, la UE se ecualiza con “Europa” en general. Al mismo tiempo, “Europa” es para Washington una serie inconexa de Estados con los que hay que tratar de temas cruciales, o incluso conviene hacerlo a título individual para resultar más efectivo, evitando el complicado entramado institucional de la UE, o cuestionándolo problemáticamente. Además, cuando se tratan los sensibles temas de seguridad, tanto en la Guerra Fría como antes y después del 11 de septiembre, el actor preferido por Estados Unidos es la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), del que es parte interesada. El resultado es que “Europa” y la “UE” apenas existen para la lógica geopolítica “americana”. Este síntoma se ve reflejado y reforzado por la escasez de noticias y comentarios sobre la UE en los medios de comunicación de Estados Unidos y la atención superespecializada en los centros universitarios, como se expone más adelante.

Un repaso de la historia

Las relaciones entre Estados Unidos y Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial están festoneadas por una serie de acontecimientos notables, incidentes precisos y ejemplos de cooperación leal. En el terreno estrictamente diplomático, la relación UE-Estados Unidos se lleva a cabo mediante la Delegación de la UE en Washington⁵ y la Misión de Estados Unidos ante la UE en Bruselas.⁶ Contadas ocasiones se puede hablar de un claro enfrentamiento entre Washington y la propia UE en sus sucesivas transformaciones, pero en esas ocasiones la contraparte europea son Estados individualizados. El frente sólido presentado por Europa (ni siquiera por la UE) es una excepción. De ahí la ocurrencia atribuida (de manera apócrifa) a Henry Kissinger demandando el número de teléfono europeo a donde llamar. En resumen, desde la rendición de Alemania en 1945 y los procesos de Nuremberg a la consolidación de la

⁴ Para una exploración de las fuentes de estudios sobre las señas de identidad europea, véase <http://www.as.miami.edu/dev/eu/observatories/euid>

⁵ Véase su página digital, disponible en <http://www.eurunion.org/eu/>

⁶ Véase <http://useu.usmission.gov/>

“relación especial” con Reino Unido y al distanciamiento de la Francia de De Gaulle, ha habido de todo en la relación transatlántica.

La larga historia hasta la actualidad puede decirse que empezó con la declaración de la Doctrina Truman en 1947, que testificó la implicación de Estados Unidos en la Europa que se reconstruía mediante el Plan Marshall, para cuyo buen funcionamiento Estados Unidos favoreció la puesta en marcha de mecanismos autóctonos de coordinación. De ahí que se viera con buenos ojos el diseño del plan de Robert Schuman siguiendo las ideas de Jean Monnet. La fundación de la OTAN marcó la cima de esa implicación estadounidense en Europa y garantizó la seguridad de la parte occidental del continente, al tiempo que neutralizó la amenaza de la otra parte. El precio que se pagó fue tolerar la hegemonía soviética en la zona que hasta el final de la Guerra Fría quedaría bajo el control de Moscú. La crisis de Berlín en 1949 y la Guerra de Corea (1950-1953) fueron dos dimensiones del enfrentamiento con la Unión Soviética, directa o indirectamente. La derrota de Francia en Indochina en 1954 señaló el desmantelamiento colonial e inició el resentimiento hacia Estados Unidos, liberadores apenas 10 años antes en Normandía. La crisis de Suez en 1956 confirmó lo que se consideró “traición” de Estados Unidos y el señalamiento de una política diferente de Washington.

Tras la fundación de la Comunidad Económica Europea (CEE), el interés de Estados Unidos en la integración no disminuyó y se aplaudió la formación del Mercado Común porque facilitaría el comercio y las inversiones. La oposición a la construcción del Muro de Berlín fue una señal más del compromiso estadounidense. Pero la década de 1960 revelaría también una serie de desacuerdos iniciados por la crisis de los misiles en Cuba en 1962, que alarmó a los europeos porque el mundo se vio abocado a una guerra nuclear. La Francia de De Gaulle se retiró de la estructura militar de la OTAN en 1966, en señal de la desconfianza por la política exterior de Washington, un sentimiento confirmado por la evolución de la intervención en Vietnam.⁷

La siguiente década fue inaugurada en 1971 con el final del sistema de Bretton Woods como reflejo de la desconfianza de Nixon hacia la nueva conducta de los líderes europeos. Al mismo tiempo, la novedosa política exterior hacia el Este de la Alemania de Willy Brandt alarmó a las esferas de Washington, al tiempo que la guerra árabe-israelita de Yom Kippur en 1973 generó

⁷ Véase un resumen de la política exterior estadounidense en Joaquín Roy, “Meditaciones sobre la política exterior de los Estados Unidos” en *Revista Electrónica de Relaciones Internacionales*, Asociación Española de Profesores de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales, núm. 9, 2005, disponible en <http://www.reci.org/index.php/revista/num9/articulos/meditaciones-sobre-politica-exterior-estados-unidos>

un conflicto entre Estados Unidos y los europeos. Desde la invasión soviética de Afganistán en 1979 y los respectivos *boicots* estadounidense y soviético de los Juegos Olímpicos de Moscú y Los Ángeles, Europa se vio apresada en una confusa controversia, situación que se magnificó con motivo de la “Guerra del Golfo” de 1990-1991 a causa de la invasión iraquí de Kuwait. La división europea surgió de nuevo a causa del estallido de las guerras internas en la antigua Yugoslavia de 1991 tras la desaparición de la entidad artificial creada por Tito, que significativamente había sido aceptada por Washington como mal menor y como frontera neutralizada y alejada del control de Moscú.

Las desavenencias entre Washington y diferentes gobiernos europeos fueron evidenciadas de forma dramática con motivo de la invasión de Irak en 2003, sin que la propia UE, ya puesta en marcha por el Tratado de Maastricht, tuviera actuación alguna. La luna de miel creada por la solidaridad de Europa con Estados Unidos con motivo de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 no se repitió ya más. El lema de *Le Monde diplomatique* reclamando “todos somos americanos” se esfumó. En ese contexto, el punto álgido del desacuerdo lo marcó Donald Rumsfeld, secretario de Defensa de George W. Bush, cuando decretó la división europea entre la “vieja” y la “nueva” Europa.⁸ El mantenimiento de la contribución de gobiernos europeos en la intervención de la OTAN en Afganistán ha sido precario. La retirada de las tropas estadounidenses de Irak a finales de 2011 ha dado la razón a los gobiernos europeos que se opusieron a la aventura de George W. Bush, bajo la justificación de la existencia de armas de destrucción masiva en poder de Saddam Hussein. El alto coste (en vidas humanas y fondos) de la guerra y ocupación, y las inciertas perspectivas de Irak han reforzado los argumentos de los países que se opusieron en su momento a la intervención.

La participación activa de algunos países europeos (sobre todo Francia y Reino Unido) en la operación de la OTAN en Libia, bajo cobertura estadounidense, dio nuevos bríos a la existencia de una alianza Estados Unidos-UE en una región tan conflictiva como el Norte de África y el Oriente Medio. La colaboración de potencias europeas en difíciles negociaciones y la labor de mediación en temas sensibles, como la tensión con Irán y el conflicto israelí-palestino, representan muestras de mínimos acuerdos entre Washington y ciertas capitales europeas.⁹ Pero las ambivalencias acerca de subtemas tan delicados

⁸ Como ejemplo de análisis alarmante sobre la situación en esos momentos, véase Elizabeth Pond, *Friendly Fire: The Near-Death of the Transatlantic Alliance*, European Union Studies Association, Pittsburgh, 2004.

⁹ Para un repaso de los mensajes que ha emitido el presidente Obama sobre el proceso de cambio en el Norte de África y Oriente Medio, véase Joaquín Roy, “Houston: We Have Too

como la colonización de territorios palestinos o el silencio ante regímenes autocráticos (condición compartida por las potencias europeas) hacen muy difícil la construcción de una sólida alianza basada en el consenso y la necesaria unanimidad se trata de una implicación colectiva de la UE. La crisis económica que estalló de manera espectacular en 2011 ha evidenciado todavía más la carencia de una voz común que se convierta en contraparte fiable para Washington. De ahí que la administración de Obama se mostrara incómoda ante negociaciones que requieren un actor común.

El balance de la actitud oficial estadounidense hacia el proceso de integración europeo puede ser calificado como positivo, con una cierta señal de mayor apoyo activo cuando las administraciones demócratas ocupan la Casa Blanca. En los mandatos republicanos surgen ciertas dudas, reforzadas por la percepción de competencia económica y carencia de lealtad política europea. Dos líneas rojas están presentes en ambos casos. La primera es el debilitamiento del vínculo militar representado por la OTAN, causado por la ambición de una defensa autónoma europea. La segunda es la percepción de que una más profunda integración pueda representar un obstáculo para la libre actuación de los intereses económicos estadounidenses en Europa. En casos exagerados y extremos, Washington actúa con una clara estrategia de “divide y vencerás”, eligiendo sus contrapartes a su conveniencia y llamando a los “teléfonos” que contesten.¹⁰

Temas de desacuerdo o conflicto

Como socios privilegiados que se respetan mutuamente y que en el fondo confían en la otra parte, Washington y la UE han tenido y tienen desacuerdos con respecto a temas sensibles. En esa dimensión se mezclan dimensiones tan generales y concretas como la seguridad nacional y la defensa de los derechos humanos en el mundo, el embargo de armas para China, los subsidios para Boeing y Airbus, los compromisos para los gastos de defensa, y los contratos para desarrollar sistemas de armamento. Como consecuencia de la llamada

Many Problems” en *Evolutions in the Southern Mediterranean: Implications for the European Union*, Comisión Europea, Bruselas, 2012, disponible en http://ec.europa.eu/education/jean-monnet/doc/seminar11/roy_en.pdf.

¹⁰ Para un repaso de la visión estadounidense, véase Joaquín Roy, “La percepción de los Estados Unidos sobre el proceso de integración europeo” en *Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales* (OASIS), Universidad del Externado de Colombia, núm. 12, 2006/07, pp. 385-408, disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/531/53101220.pdf>.

“guerra contra el terrorismo”, algunos países europeos se han visto implicados en el traslado ilegal de detenidos y en el mantenimiento de centros de internamiento de presuntos agentes o cómplices de atentados. Esto ha creado controversias internas en los países implicados, cuyos gobiernos se han visto presionados por la oposición interna con acusaciones de plegarse a las consignas de Washington. Los dos mandatos de George W. Bush fueron una etapa álgida de desacuerdos.

En el plano general de los principios que se consideran incuestionables en Europa, pero que en Estados Unidos se juzgan como dependientes de la legislación estatal y los lineamientos del Tribunal Supremo, hay un desacuerdo frontal en cuanto a aplicación de la pena de muerte. Entre las consecuencias colaterales se destaca la prohibición de la deportación de encausados por actos criminales o sospechosos, o de simples expulsados, hacia Estados Unidos, en caso de que pudieran estar sujetos en un estado concreto a la pena capital. En similar terreno se mueve la negativa de Estados Unidos a reconocer la jurisdicción del Tribunal Penal Internacional. Washington teme que se proceda contra soldados estadounidenses por motivaciones políticas.

Como consecuencia de las restricciones al ingreso de extranjeros en la Unión Americana tras los atentados de 2001, este país ha indicado de manera periódica su intención de exigir visados a todos los ciudadanos europeos. Más tarde la advertencia se ha limitado a su aplicación sobre algunos miembros que ingresaron recientemente, a lo que la UE se niega, pues resulta un trato discriminatorio a ciudadanos europeos que poseen derechos indivisibles a nivel colectivo. Aunque Bruselas ha mencionado la intención de reciprocidad contra la medida estadounidense, nunca ha ejercitado su intención.

Aunque Estados Unidos y los países europeos tienen un tácito acuerdo sobre la necesidad de llegar a un compromiso con respecto a los territorios palestinos, en la práctica resulta evidente que los europeos se muestran más condescendientes con los palestinos que los estadounidenses, quienes justifican las acciones de Israel, hasta el extremo de ejercer sistemáticamente el derecho al veto en el Consejo de Seguridad.

Mientras Washington justificaría un eventual ataque “preventivo” sobre Irán por la sospecha de poseer armas nucleares de uso agresivo, los europeos prefieren la negociación diplomática y considerarían tal acción como inaceptable e inconcebible. La guerra de Irak marcó el punto de inflexión entre los gobiernos europeos y el estadounidense, con la excepción del británico y algunos nuevos miembros de la Europa del Este, como Polonia.

En el terreno económico, mezclado con ciertos principios que contrastan los criterios europeos y estadounidenses, destacan los que atañen a los alimentos. La UE, por ejemplo, se opone a la comercialización y consumo de productos

procesados mediante modificación genética, frente a la Unión Americana, cuyos intereses agrícolas se quejan de lo que consideran discriminatorio y proteccionista por parte de los europeos. De alcance diferente, pero de larga duración en la historia del desacuerdo, destacó durante décadas la disputa sobre las importaciones de bananas. La UE históricamente ha dado trato preferencial a las importaciones procedentes de los países de África, el Caribe y el Pacífico, frente a los de los países latinoamericanos, ya que se consideraron como controlados comercialmente por Estados Unidos. Aunque una medida de imponer aranceles a la importación de acero europeo estuvo en práctica por un periodo breve, al ser declarada ilegal por la Organización Mundial de Comercio se suspendió, no obstante que planes como éste siempre están listos a reaparecer en el horizonte.

De gran alcance mediático y centro de atención mundial, el cambio climático ha sido foco de otro desacuerdo entre Estados Unidos y la UE. Los estadounidenses han sido en principio favorables a los postulados del Protocolo de Kyoto. A pesar de que la medida fue firmada por la administración Clinton, el Senado no la ratificó, y después el presidente George W. Bush la rechazó en 2001, con la consabida insatisfacción de los europeos, para que Barack Obama prometiera posteriormente adherirse al pacto.

La dimensión económica

La relación económica entre Estados Unidos y Europa es la más sólida del planeta y en volumen su importancia es extraordinaria, tanto en términos absolutos como para cada una de las partes con respecto a la otra.¹¹ Su intercambio comercial representa 30 por ciento del total mundial, con una suma que rebasó al final de la anterior década los \$550 mil millones. El sector servicios abarca 40 por ciento del trasvase mundial. Tanto en comercio como en servicios, cada una de las partes es el proveedor más importante de la otra. En el terreno de la ayuda exterior al desarrollo, su contribución dual llega a 80 por ciento de la mundial. Mientras la población conjunta de más de 800 millones (501 en Europa y 310 en Estados Unidos) sólo representa menos de 12 por

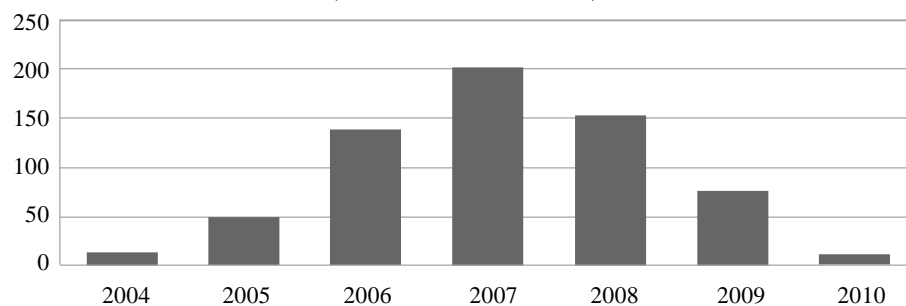
¹¹ Entre la cuantiosa literatura reciente, véanse los siguientes títulos: Miles Kahler, *Regional Futures and Transatlantic Economic Relations*, European Community Studies Association/Council of Foreign Relations, Nueva York, 1995; Daniel S. Hamilton y Joseph P. Quinlan, *Sleeping Giant: Awaking the Transatlantic Services Economy*, Center for Transatlantic Relations, Washington, D. C., 2007; Steven McGuire y Michael Smith, *The European Union and the United States*, Palgrave, Nueva York, 2008.

ciento de la mundial, el porcentaje de Producto Interno Bruto rebasa 50 por ciento, casi a partes iguales (28 por ciento de la UE y 25 por ciento de Estados Unidos).

Sin embargo, las cifras de las inversiones europeas en Estados Unidos de los años recientes no engañan y reflejan la oscilación desde el ascenso procedente de los primeros años del nuevo siglo a la cúspide de 2007, para luego sufrir un descenso notable, debido a la imparable crisis económica a ambos lados del Atlántico, pero sobre todo en Europa. Entre los detalles destacables se cuenta el hecho de que en la década 2000-2010 las compañías estadounidenses invirtieron en Europa 60 por ciento de su actuación mundial. Las inversiones europeas en Estados Unidos representaron casi 75 por ciento del total. En cifras comparativas, las inversiones europeas de Estados Unidos cuadruplicaron las efectuadas en toda Asia.¹²

Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM, núm. 114, septiembre-diciembre de 2012, pp. 85-106.

Inversión Directa Extranjera de la UE 27 en EEUU (en millones de euros)



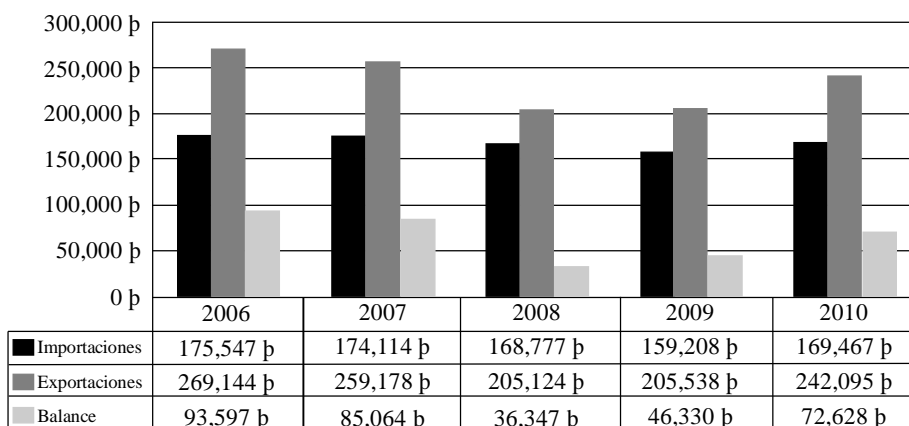
El intercambio comercial se conservó en niveles similares a lo largo del anterior lustro y no ha revelando un impacto suficiente de la crisis.

Mientras los lineamientos generales de la relación global están diseñados y acordados en las cumbres anuales, a nivel presidencial, la actividad económica concreta cuenta con entidades coordinadoras y de cooperación, entre las que destacan el Consejo Económico Trans-Atlántico. Una serie de “diálogos” se dedican al análisis de temáticas especiales, entre los que se cuentan el Diálogo Empresarial Transatlántico y el Diálogo de Consumidores.¹³

¹² Daniel S. Hamilton y Joseph P. Quinlan, *The Transatlantic Economy, 2011*, Center for Transatlantic Relations, SAIS/US Department of Commerce, Washington, D. C., 2011.

¹³ Véase el contexto amplio de estas actividades en la estructura global de la relación UE-Estados Unidos en <http://www.eurunion.org/eu/Table/EU-US-Relations/>.

**Balance Comercial entre la UE y los EEUU
(en millones de euros)**



La labor universitaria

La UE ha priorizado, fuera del territorio estrictamente europeo, el mundo universitario de Estados Unidos como destino de la labor de divulgación de los hechos comunitarios y de la investigación sobre la integración europea. Ningún otro país ha recibido igual atención. Esta preferencia ha sido objeto de una reciprocidad de alto nivel, aunque de diversa intensidad, por parte de las diversas ramas de la actividad política, académica y mediática de la Unión Americana.

Como culminación de una serie de actuaciones dispersas, en 1998, la Comisión Europea puso en marcha una novedosa iniciativa para crear una red de centros de la UE sita en universidades estadounidenses, con el objetivo de proporcionar información y formación sobre la UE. No se trataba de una mera réplica de los depósitos receptores de documentos, que existen en todo el mundo, en especial en Europa, luego desplazados por el acceso digital. El novedoso proyecto se basó en la subvención directa para la fundación de unos centros en base a la experiencia y los méritos de las universidades postulantes. A la vista del éxito de este programa, se replicó más adelante en Canadá y un número de países industrializados en Asia, Oceanía y recientemente en Rusia. Entre los objetivos de los centros de la UE destacan el aumento de la concienciación de Estados Unidos en las propias comunidades donde están situados los centros sobre la importancia política, económica y cultural de la relación transatlántica, promover una mayor comprensión de la UE en la Unión

Americana, distribuir información y dar a conocer las opiniones de la UE en cuestiones de interés transatlántico dentro de sus comunidades regionales.¹⁴ La Comisión apoya en la actualidad a 10 de estos centros (ascendidos al *status* “de excelencia” desde 2008):¹⁵ Miami-Florida (Universidad Internacional de Florida y Universidad de Miami); Universidad de Texas, Austin; Universidad de Carolina del Norte; Universidad de Pittsburgh; Universidad de Washington (Seattle); Universidad de Wisconsin; Consorcio de Washington D. C. (American University, Universidad George Mason, Universidad George Washington; Universidad de Georgetown, Universidad Johns Hopkins); Universidad de California (Berkeley), Universidad de Colorado (Boulder); y Universidad de Illinois (Urbana-Champaign).¹⁶

Además, la Comisión Europea, a través de su Dirección de Cultura y Educación, abrió su ambiciosa red de actividades Jean Monnet, hasta el año 2000 circunscritas a países miembros de la UE, a todo el mundo sin límites geográficos, con la concesión de cátedras, centros de excelencia y la subvención de programas de investigación y divulgación. Una veintena de instituciones estadounidenses reciben los beneficios.¹⁷

Finalmente, la contribución directa de la Comisión Europea a las universidades estadounidenses adquiere la forma de la llamada “EU-USA Fellowship”, mediante el nombramiento de *fellows*, generalmente altos funcionarios de la Comisión y del Parlamento europeos que residen en una universidad estadounidense por un semestre o un año. En régimen parecido a un sabático, los residentes colaboran en la enseñanza de la UE, llevan a cabo investigación y proporcionan labores de divulgación en la comunidad del entorno de la universidad en cuestión.¹⁸ Además de estos programas especiales, una serie de actividades educativas de la UE están abiertas a operaciones transatlánticas. Destacan en ese terreno el programa “Getting to Know Europe”, Atlantic Program, Erasmus Mundus, Marie Curie y el EU Visitors Program.¹⁹

¹⁴ Para una selección de las actividades investigativas de los centros, véase <http://euce.org/research/>

¹⁵ Véase <http://euce.org/centers>

¹⁶ Para una descripción del programa, véase <http://euce.org/centers/>. El panorama completo de estas actividades puede ser consultado en <http://www.eurunion.org/eu/Academic-Resources-Grants-Fellowships.html>

¹⁷ Para una descripción del programa, véase http://eacea.ec.europa.eu/llp/jean_monnet/jean_monnet_key_activity_1_en.php

¹⁸ Las universidades de Estados Unidos que reciben *fellows* son: Harvard, Yale, Tufts, Texas, North Carolina/Duke, Southern California, Washington, Seattle, George Mason, California-Berkeley, Pittsburgh, Nueva York y Miami

¹⁹ Véase <http://www.eurunion.org/eu/European-Union-Visitors-Program.html>

Todas estas actividades patrocinadas por la UE se encuadran en el trasfondo de una notable producción estadounidense sobre la UE que se remonta a mitad del siglo pasado. La subdisciplina académica de corte “regional” por excelencia ha sido la conocida como “European Studies”, replicada por variantes geográficas como “Estudios Latinoamericanos” (en puridad un invento de las universidades estadounidenses, que cobró bríos imparables con la Revolución Cubana), “Estudios Asiáticos” y del “Oriente Medio”. Nada tiene de extrañar, por ejemplo, que una buena parte de la producción académica sobre la UE haya sido forjada por profesores e investigadores estadounidenses, de origen, formados allí o incorporados posteriormente a centros de estudios en Estados Unidos. Además, conviene anotar que las generaciones académicas dedicadas a la UE se renuevan de manera periódica por la incorporación de estudiantes europeos de posgrado que se convierten en especialistas y en gran número se insertan en los claustros de la Unión Americana. La combinación de estos dos trasvases intelectuales revela que Europa ha estado sufriendo desde hace tiempo una sostenida fuga de cerebros.

Como derivación, o de manera autónoma, de la subdisciplina (al modo angloamericano) de la teoría de las relaciones internacionales, que no coincide a plenitud con el concepto más amplio y multidisciplinario de “relaciones internacionales”, es la dedicada a la integración regional. Es en la “teoría de la integración” y en concreto sobre la integración europea donde cobra fuerza inusitada la contribución estadounidense. En ambos casos no se puede prescindir de la labor de los académicos formados o en ejercicio universidades estadounidenses.²⁰

La historia de ese rastreo de la historia de cooperación entre Estados debe tener una escala inicial en las elucubraciones del “federalismo”, que dominó la escena en las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. David Mitrany fue el fundador (involuntario, ya que no pensó en ningún momento en un ente europeo concreto) de una línea de pensamiento enfocada en la integración. Aunque era un investigador rumano que se había asentado en Gran Bretaña, sus ideas tuvieron un influjo considerable en la labor de académicos estadounidenses. Forjador de la teoría del “funcionalismo”, paradójicamente Mitrany nunca se refirió a objetos territoriales y en puridad no debiera ser reconocido como el padre de la saga que ha tratado de escrutar hasta la actualidad la esencia de la UE. Pero la centralidad de su propuesta cimentada en la “función” ejercida por un sector económico o social como

²⁰ Para una selección de los expertos sobre la UE que residen en uno de los 10 centros subvencionados, véase <http://euce.org/centers/experts.php#content>

motora de la integración sirvió de base idónea a los que siguieron esa senda y la concretizaron en las diversas etapas de proposiciones sobre la UE. Aunque es cierto que Mitrany recibió con satisfacción la fundación y el desarrollo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), debido al uso del motor de esos sectores industriales como fuerza de la integración, al igual que la aparición de la Comunidad Europea de Energía Atómica (EURATOM), se sintió adverso a la deriva que luego tomó el proceso con la generación de la CE, aplicada horizontalmente, sentimiento que compartió con el propio Monnet.

El relevo lo tomó Ernst Haas, fundador del “neofuncionalismo” que se enmarcó en los momentos de la CE y el mercado común consiguiente. Haas tuvo un influjo considerable en las universidades estadounidenses, y trabajó principalmente en la de California, Berkeley. Tanto la aproximación del funcionalismo como la del neofuncionalismo se basaban en el núcleo conceptual e institucional como necesarios para la integración, una aseveración que fue cuestionada por la escuela de Stanley Hoffman, quien como fundador del “intergubernamentalismo” insistió en la centralidad del Estado y los gobiernos como condición insustituible para la marcha de cualquier sistema de integración regional. El contexto europeo había variado desde el concreto experimento de la CECA bajo la influencia de Monnet al desarrollo de la CE y la actuación de una nueva generación de líderes sin los cuales el proceso no podía avanzar o en algunos casos se frenaba, como fue el ejemplo emblemático de De Gaulle. El peso decisivo que el “realismo”, innato a la tradición académica estadounidense, tuvo en la implantación de esta aproximación fue y sigue siendo notable.

Algunas escuelas y prisms de investigación de especialistas basados en universidades estadounidenses han estado proponiendo desde entonces diversas variantes de la centralidad de la labor de los gobiernos y los Estados, pero con ciertas modificaciones. En ese universo destacan el etiquetado como “intergubernamentalismo liberal” forjado por Andrew Moravcsik, de la Universidad de Princeton. El contexto de esas miras es el imperante a la forja del Acta Única Europea, que puso final a la larga etapa de la “euroesclerosis”, gracias a los esfuerzos del nuevo liderazgo europeo, bajo la batuta de Jacques Delors. La implantación del “constructivismo”, presente en diversos países europeos, constituyó una nueva corrección para la obsesión gubernamentalista de la integración regional, al proponer que otros aspectos y actores políticos cuenten decisivamente en la marcha de las relaciones internacionales y en la plasmación de sistemas que garantizan la estabilidad de una zona, grupo de países, o incluso de continentes. Otros investigadores de universidades estadounidenses que han hecho contribuciones importantes a diversas variantes

de las teorías, que no se ciñen exactamente al realismo, son Joseph Nye (creador del “poder blanco), Karl Deutsch, Gary Marks y Donald Puchala.²¹

La actividad editorial sobre la UE, y en concreto sobre las relaciones UE-Estados Unidos, no sería la misma sin las publicaciones en inglés. Si bien es cierto que esta producción no es exclusiva de autores angloamericanos, sí es constatable la impresionante cantidad de obras generadas por el trabajo de los académicos de Estados Unidos. Hay también una simbiosis empresarial a ambos lados del Atlántico, ya que unas editoriales universitarias y privadas de Reino Unido poseen ramas establecidas en territorio estadounidense.

Todo este universo de investigación y enseñanza sobre la UE se aglutina en una serie de asociaciones de académicos. Algunas presentan mayor especialización sobre la propia UE o la reflejan de forma interdisciplinaria. Dedicada exclusivamente a la UE sobresale como *rara avis* la European Union Studies Association (EUSA),²² al modo de las sedes de la European Community Studies Association existentes en numerosos países de Europa, América Latina y Canadá, y unos pocos ejemplos en Asia y Oceanía. Entre las organizaciones dedicadas a los estudios europeos (pero no exclusivamente sobre la UE) destaca el primordial Council of European Studies (CES).²³ Entre el universo notable de centros de reflexión dedicados al análisis político y económico de alcance internacional, algunos prestan especial atención a la problemática europea y son puntos de referencia en otros países.²⁴ Conviene anotar en este contexto que Europa tiene aquí un balance de desventaja en comparación con Estados Unidos. Apenas hay centros europeos dedicados al estudio especializado sobre Estados Unidos, su historia, cultura, sociedad y relaciones exteriores.

Consenso de recomendaciones y deseos

El tema de las relaciones transatlánticas, además de ser objeto de una voluminosa literatura durante más de medio siglo, es objeto frecuente de las recomendaciones ofrecidas por comisiones, centros de reflexión, reuniones

²¹ Para una selección de estudios sobre la teoría de la integración europea, véanse los siguientes libros: Brent F. Nelsen, y Alexander Stubb (eds.), *The European Union. Readings on the Theory and Practice of European Integration*, Lynne Rienner, Boulder, 1994; Ben Rosamond, *Theories of European Integration*, Palgrave, Nueva York, 2002; Antje Wiener y Thomas Diez, *European Integration Theory*, Oxford, Nueva York, 2005.

²² Véase <http://www.eustudies.org/>

²³ Véase <http://www.ces.columbia.edu/>

²⁴ En esta línea destacan las siguientes instituciones: Atlantic Council, Brookings Institution-Center on the United States and Europe, Carnegie Endowment for International Peace-Carnegie Europe, Center for Strategic and International Studies y Center for Transatlantic Relations.

ad hoc y transcripciones de presentaciones hechas en seminarios y conferencias. Unas veces estos grupos están compuestos en exclusiva por figuras académicas, y otras (las menos) sólo por funcionarios y personalidades gubernamentales. Aunque es arduo llegar a los resultados, estos documentos son más efectivos cuando están redactados por un equipo que es una mezcla de eruditos, políticos no en activo y observadores de diverso nivel. Reflejan un consenso que, a falta de otras fuentes, conviene tener en cuenta.²⁵

Entre el universo frondoso de estos informes y obras colectivas, algunas destacan más que otras. Un ejemplo emblemático y representativo de manera plena es un volumen publicado por un equipo aglutinado por el Centro de Relaciones Trans-Atlánticas de la Universidad Johns Hopkins-SAIS.²⁶ En sus páginas, producto de debates y correcciones, el nutrido equipo de estadounidenses y europeos examina la evidencia que muestra que “el mundo en que se basó el llamado Partenariado Trans-Atlántico está desvaneciéndose”. Ahora bien, se considera que el legado de esa asociación debe preservarse, ya que es el más denso que existe en el contexto más amplio de las relaciones mundiales, en el que es difícil distinguir lo que es nacional de lo internacional.

Ambas partes, Estados Unidos y Europa, no pueden sublimar por separado las metas a lograr cuando hay desacuerdo. No hay una coalición de alcance mundial que funcione satisfactoriamente. Es, por lo tanto, indispensable, pero al mismo tiempo también es insuficiente. Europa y Estados Unidos no pueden solucionar problemas que rebasan sus fronteras o sus intereses. Sólo asociándose a otros actores lograrán el éxito deseado. Juntos, estadounidenses y europeos deben posicionar sus economías de cara al futuro, proteger sus sociedades, conservar una Europa libre y abierta, encarar los conflictos con eficacia, enfrentarse a la proliferación de armas nucleares, preservar el frágil medio ambiente planetario, sujeto constantemente a la labor destructora del hombre y de las propias fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, se nota que hay una falta de concordancia entre la naturaleza de los retos que se deben enfrentar, la capacidad de las instituciones y las herramientas

²⁵ Entre los ejemplos más recientes, se recomiendan estas obras colectivas: Gerhard Wahlers (ed.), *The United States of America and the European Union*, Konrad Adenauer Stiftung/Center for Transatlantic Relations, Washington, D. C., 2007; Simon Serfaty (ed.), *Visions of the Atlantic Alliance: The United States, the European Union and NATO*, Center for Strategic and International Studies, Washington D. C., 2006; Jeffrey Anderson, G. John Ikenberry y Thomas Risse (eds.), *The End of the West?: Crisis and Change in the Atlantic Order*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2008; Andrew Dorman y Joyce P. Kaufman (eds.), *The Future of Transatlantic Relations: Perceptions, Policy and Practice*, Stanford Security Studies, Stanford, California, 2010.

²⁶ Daniel S. Hamilton, (ed.), *Shoulder to Shoulder: Forging a Strategic US-EU Partnership*, Center for Transatlantic Relations, Washington D. C., 2010.

disponibles de ambos actores. Se necesita una verdadera sólida cooperación entre Estados Unidos y Europa, para convertir la mera relación en un vínculo estratégico.

Con el fin de alcanzar el éxito en esas metas y anhelos, se recomienda una serie de medidas. Por ejemplo, se debe adoptar un compromiso de solidaridad transatlántica en las áreas de justicia, libertad y seguridad (el llamado antiguamente “tercer pilar” de la UE). Se señala como necesario el construir un verdadero mercado transatlántico libre de obstáculos legales y tarifarios, ansia perenne de los intereses comerciales estadounidenses para su actuación en Europa. Se debe encarar la reforma de la gobernanza económica, una vez que ha desaparecido la antigua y la nueva se ve en precario a la vista de las debilidades de las economías europeas y el surgimiento de nuevas potencias, como los BRIC. Es imprescindible la creación de un partenariado para conseguir la sostenibilidad de las fuentes energéticas existentes y las alternativas.

Es necesaria, en fin, la consecución de una Europa “completa, libre y en paz”. Juntos, Estados Unidos y Europa deben encarar de forma más decisiva los conflictos bélicos que se presenten, y redoblar los esfuerzos para hacer cesar la proliferación de armas de destrucción masiva. Las dos grandes potencias de ayuda al desarrollo deben “mejorar la efectividad y coordinación de las políticas y los planes de ayuda humanitaria”.

Algunas conclusiones

Entre las conclusiones de ese informe destacan también algunas advertencias dignas de atención especial. Principalmente, se señala que la presencia de vínculos débiles obstaculizará la relación sólida y, como consecuencia, invitarán a los retos presentados por otros poderes en ciernes. Para no caer en el error de otros experimentos anteriores, en lugar de tratar de crear nuevos foros y mecanismos, se deben reforzar los existentes (por ejemplo, la OTAN). En concreto, se insiste en la necesidad de profundizar las relaciones interparlamentarias, entre el Congreso de Estados Unidos y el Parlamento Europeo. Por otro lado, ambas partes debieran examinar las implicaciones extraterritoriales de sus propias legislaciones para evitar conflictos innecesarios.

Más allá de la temática del informe, en suma, se constata que los retos se presentan como imponentes, pero la consecución de una buena y leal cooperación es alcanzable. El potencial para seguir teniendo una presencia conjunta en el mundo sigue siendo notable y el apoyo de los ciudadanos a ambos lados del Atlántico no ha disminuido de manera notable. Ahora bien, algunos obstáculos se pueden interponer en esa tarea. El populismo y el

radicalismo ideológico han aparecido con alarma tanto en Europa como en Estados Unidos. El proteccionismo es un mecanismo al alcance de sectores políticos que creen contrarrestar lo que se percibe como competencia desleal. La falta de información popular a ambos lados impele a los ciudadanos a elegir líderes tentados por el nacionalismo.

En un nivel más profundo y, de todas maneras, ciertamente hipotético, la ruptura entre Estados Unidos y Europa provendría de dos orígenes, a cada cual más preocupante. El primero sería un acrecentamiento de la dependencia de ambos del suministro de energía procedente del exterior, lo que los enfrentaría por el control o el acceso a la zona de producción. El segundo, conectado con el primero, deriva del desequilibrio militar entre los dos socios, y el trasfondo ideológico que lo sostiene. Mientras Europa ha insistido en un desarme progresivo, Estados Unidos dispone de las fuerzas armadas más potentes del planeta. Incluso cuando se inspecciona el poderío militar de los dos Estados europeos que todavía presumen de una autonomía bélica (Francia y Reino Unido), juntos no suman mayor potencia que una sola de las ramas militares de Estados Unidos (el Cuerpo de Infantería de Marina).

De ahí que algunos analistas hayan aventurado la tesis de que las desavenencias entre Europa y Estados Unidos durante la última década no se originan en temporales motivaciones, sino que responden a síntomas más profundos que reflejan innatas diferencias de personalidad. En síntesis, en una mediática gráfica metáfora, los europeos provendrían de Venus, mientras los estadounidenses serían herederos de Marte.²⁷ Mientras unos se sentirían inclinados a la construcción de una paz perpetua, la negociación y la diplomacia, los otros verían un mundo hobbesiano donde sólo el mensaje del uso de la fuerza sería la garantía de la estabilidad y la supervivencia. Está por ver, sin embargo, cuál de las dos supuestas actitudes tiene más probabilidades de resolver los graves problemas a los que se enfrenta el mundo.²⁸ Mucho depende, por lo tanto, de una necesaria colaboración entre estas dos visiones.

²⁷ Robert Kagan, *Of Paradise and Power*, Alfred Knopf, Nueva York, 2003.

²⁸ Entre la literatura de corte futurista, con la consideración de cuatro posibles escenarios del estado de la Unión Europea en 2020, véase este novedoso volumen redactado por un equipo multidisciplinar y multinacional: Daniel S. Hamilton y Kurt Volker (eds.), *Transatlantic 2020: A Tale of Four Futures*, Center for Transatlantic Relations, Washington D. C., 2011.

Bibliografía

- Anderson, Jeffrey; G. John Ikenberry y Thomas Risse (eds.), *The End of the West?: Crisis and Change in the Atlantic Order*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2008.
- Baldwin, Peter, *The Narcissism of Minor Differences: How America and Europe are Alike*, Oxford University Press, Oxford, 2009.
- Dorman, Andrew y Joyce P. Kaufman (eds.), *The Future of Transatlantic Relations: Perceptions, Policy and Practice*, Stanford Security Studies, Stanford, California, 2010.
- Hamilton, Daniel S. y Kurt Volker (eds.), *Transatlantic 2020: A Tale of Four Futures*, Center for Transatlantic Relations, Washington D. C., 2011.
- Hamilton, Daniel S. y Joseph P. Quinlan, *The Transatlantic Economy, 2011*, Center for Transatlantic Relations, SAIS/US Department of Commerce, Washington, D. C., 2011.
- Hamilton, Daniel S. (ed.), *Shoulder to Shoulder: Forging a Strategic US-EU Partnership*, Center for Transatlantic Relations, Washington D. C., 2010.
- Hamilton, Daniel S. y Joseph P. Quinlan, *Sleeping Giant: Awaking the Transatlantic Services Economy*, Center for Transatlantic Relations, Washington, D. C., 2007.
- Kagan, Robert, *Of Paradise and Power*, Alfred Knopf, Nueva York, 2003.
- Kahler, Miles, *Regional Futures and Transatlantic Economic Relations*, European Community Studies Association/Council of Foreign Relations, Nueva York, 1995.
- McGuire, Steven, y Smith, Michael, *The European Union and the United States*, Palgrave, Nueva York, 2008.
- Nelsen, Brent F., y Stubb, Alexander (eds.), *The European Union: Readings on the Theory and Practice of European Integration*, Lynne Rienner, Boulder, 1994.
- Pond, Elizabeth, *Friendly Fire: The Near-Death of the Transatlantic Alliance*, European Union Studies Association, Pittsburgh, 2004.
- Reid, T. R., *The United States of Europe: The New Superpower and the End of American Supremacy*, Penguin, Nueva York, 2005.
- Rifkin, Jeremy, *The European Dream: How Europe's Vision of the Future is Quietly Eclipsing the American Dream*, Tarcher, Nueva York, 2004.
- Rosamond, Ben, *Theories of European Integration*, Palgrave, Nueva York, 2002; Antje Wiener y Thomas Diez, *European Integration Theory*, Oxford, Nueva York, 2005.
- Roy, Joaquín, "Houston: We Have Too Many Problems" en *Evolutions in the Southern Mediterranean: Implications for the European Union*, Comisión

Europea, Bruselas, 2012, disponible en http://ec.europa.eu/education/jean-monnet/doc/seminar11/roy_en.pdf

Roy, Joaquín, “La percepción de los Estados Unidos sobre el proceso de integración europeo” en *Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales* (OASIS), Universidad del Externado de Colombia, núm. 12, 2006/07, pp. 385-408, disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/531/53101220.pdf>

Roy, Joaquín, “Meditaciones sobre la política exterior de los Estados Unidos” en *Revista Electrónica de Relaciones Internacionales*, Asociación Española de Profesores de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales, núm. 9, 2005, disponible en <http://www.reci.org/index.php/revista/num9/articulos/meditaciones-sobre-politica-exterior-estados-unidos>

Roy, Joaquín y Roberto Domínguez (eds.), *Lisbon Fado: The European Union under Reform*, Miami-Florida European Union Center/Jean Monnet Chair, Estados Unidos, 2009, disponible en <http://www6.miami.edu/eucenter/books/Lisbon%20Fado-textfinal-all.pdf>

Serfaty, Simon (ed.), *Visions of the Atlantic Alliance: The United States, the European Union and NATO*, Center for Strategic and International Studies, Washington D. C., 2006.

Wahlers, Gerhard (ed.), *The United States of America and the European Union*, Konrad Adenauer Stiftung/Center for Transatlantic Relations, Washington, D. C., 2007.